

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 20 NOVIEMBRE 1897. NÚM. 47

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

DESDE VERGARA

Sr. Director de *El Porvenir Vasco*.
Bilbao.

Muy señor mío: Tal es la revolución que ha traído la introducción en ésta de *Los crímenes del carlismo*, que los carlistas trinan que es un gusto y los dos párrocos de la localidad al unisono han disparado bala rasa desde el púlpito en dos domingos consecutivos contra las personas que, con laudable fin, han esparcido por todos los rincones de la villa los saludables folletos que con tanta oportunidad va dando á la publicidad el incansable propagandista de la libertad don José Nakens.

Que ha traído revolución, lo prueba el hecho de que los párrocos no se dan punto de reposo, cuando no desde el púlpito, desde el confesonario y en el seno de las familias, prohibiendo su lectura, diciéndoles que son libros malos, plagados de errores y de mentiras, y que el fin que sus autores persiguen no es otro que el matar la fe de este católico pueblo.

Nada de eso, respetables párrocos, se proponen los introductores de esos buenos y sanos libros. No tergiversen las cosas á su manera para hacer política; porque para matar la fe y el sentimiento religioso verdad de este pueblo, en su misma casa tienen ustedes el enemigo. La intransigencia de ciertos elementos son para muchos, causas más que suficientes para acabar con la fe y con el sentimiento religioso más arraigados.

Esos libros, que tanto desprecian, venerables sacerdotes, son de un valor inapreciable para la generalidad de la población sensata, porque en ellos se pinta al carlismo—sinónimo del anarquismo—de cuerpo presente. Lo que hay es que os ha dolido más que todo la historia de vuestro colega, el tristemente cura Santa Cruz, el criminal feroz y sanguinario. Sí, su historia, sus hazañas criminales dadas á conocer al pueblo en el momento mismo en que dan señales de vida y amenazan salir al campo, son las que los han movido á subir á la sagrada cátedra y disparar bala rasa contra distinguidas personas, que han demostrado siempre su acendrado amor á la libertad, no obstante las persecuciones de que han sido objeto.

EL CORRESPONSAL.

Vergara 12 Noviembre 1897.

Al acabar de leer ese artículo, no pude por menos de exclamar: «Pero, señor; ¿es posible que haya curas tan olvidados de sí mismos y de su misión, que se delaten como carlistas en la propia cátedra del propio Espíritu Santo? Que los curas son carlistas en su mayoría, eso ya lo sabemos todos; ¡mas por Cristo! que tengan un poco de pudor para ocultarlo. Me parece que no es mucho exigir.

Allá á sus solas, ó con su ama en las horas de expansión, ó con el sacris durante la poética faena de cambiar la indumentaria profana por la mística, ó con el batallón de las hijas de María al terminar una novena, ó en la tertulia de una boticaria, veterana inválida de dulces lides, en cualquiera parte de esas ó con cualquiera de esas personas, mal estaría siempre, pero podría pasar el que despotricasen contra los folletos; ¡pero en el púlpito! Se necesita ser

muy carcunda para atreverse á profanar así la santa cátedra del indicado anteriormente.

¿Y lo de decir en el confesonario y á domicilio que los folletos contra el carlismo matan la fe? ¿La fe en qué, apreciables párrocos... del *Chapa*? ¿Acaso en la eficacia del petróleo para incendiar, de la bala para asesinar, y de la garrá para adquirir faltando al séptimo mandamiento? Explicáos, ó váis á quedar convictos y confesos de propagadores de ideas subversivas.

¿Que los folletos están plagados de mentiras? ¡Ojalá fuese cierto, para que no tuviéramos que avergonzarnos de que hayan sido españoles los autores de tantos y tan grandes crímenes! ¡Ojalá no hubiera existido vuestro infame colega Santa Cruz, deshonra de la humanidad, ni tampoco el obispo Caixal, ni los canónigos Abril, Undaix, Manterola, Lorenzana, Quilez; ni los jesuitas Goiriena y Mon; ni los curas de Flix, Losa, Lanchares, Ibarra, Izu, Alcabon Prades, Portueche; ni el penitenciario Rodríguez; ni los carmelitas Domingo y Elcarte; ni el dominico Sagasti; ni los presbíteros Altola-guirre, Alhambra Yépes, Bustamante, Botija, Dondon, Bellacun, Cadenas, Camps de Cubells, Catalán, Ceballos, Choporena, Camon, Conde, Cortina, Ezpeleta, Guilarte, Díaz Espolet, Guezuerola, Ibarreta, Izcue, Lasarte, Larcos, Martín, Llanos, Maranchón, Maldonado, Milla, Muñoz, Megino, Mendizabal, Piñero Cascales, Rebollar, Rey, Lino, Sierra, Urrea, y tantos y tantos centenares como encharcaron de sangre á España en el campo, ayudados eficazmente por los que, como vosotros ahora, humanitarios párrocos de Vergara, exaltaban los ánimos faltando descaradamente á la verdad; ¡ojalá, lo repetiré mil veces, no hubieran existido, y muchísimas madres no se verían sin hijos, ni habría tantos huérfanos desamparados, ni las Vascongadas habrían perdido sus fueros, ni la Deuda española ascendería á tantos miles de millones! Porque al carlismo y sólo al carlismo se le debe todo eso, y cuantas ruinas y desventuras pesan sobre esta pobre España.

Calma, excitables párrocos de Vergara, y cuántos os dedicáis á combatir los folletos, calma; no gastéis toda vuestra indignación contra los ya publicados, no sea que perdáis bríos para emprenderla contra los que estoy preparando, entre los cuales hay varios en que demuestro con hechos, nombres, apellidos y los delitos que han cometido, que á curas y frailes, y sólo á ellos, se debió la reacción del 14 al 20 y del 23 al 33, la primera guerra civil y la segunda, así como se le deberá la próxima, y que por esta razón vengo combatiéndolos sin tregua ni descanso, sin dudas ni vacilaciones.

Y la prueba de que estoy en lo cierto, me la dáis vosotros, ¡oh curas de Vergara! mezclando el carlismo con el catolicismo, cual si pudieran armonizarse el amor al prójimo que predicaba Cristo con los crímenes de Santa Cruz; la honrada valentía de San Pablo con la indigna cobardía del *Chapa*; los evangelios son los bandos de los cabecillas; los mártires con los asesinatos; los que nada tenían, con los que todo lo roban; San Pedro, con Savalls; San Vicente de Paul, con Rosa Samaniego; San Luis Gonzaga, con Jergón; San Francisco de Asís, con Cucala...

Seguid, seguid por ese camino, curas y frailes, que quizás sea el que os conduzca más pronto á gozar de la presencia de Dios, que á todos os deseo, y que desde ahora tenéis asegurada; pues, ó en el cielo pasa lo que aquí en punto á justicia, es decir, que no la hay, ó en cuanto os presentéis diciendo que habéis muerto por confesar la fe en los supradichos Santa Cruz, Savalls, Rosa Samaniego, Cucala y el

Chapa, os abrirán de par en par todas sus puertas, y los coros angélicos se desgañitarán cantando

Ahora si que estaréis contentones, carlistones... carlistones...

Y esta oración durará hasta que se entere Cristo, llegue, tire de látigo, si no se líe con vosotros á puntapiés y os arroja parodiando lo que dijo en la tierra:

«Mi casa no es cueva de ladrones... ni asenosos.»

EL DESQUITE DE LA BARBARIE

No cabe disputar sobre gustos. Hay quien bebe vinagre y come cal de las paredes. Hay quien se complace recibiendo badilazos en los nudillos. Hay quien admira á Tejada de Valdosera. Hay quien se deleita oyendo á Mella y leyendo á Grilo. Hay quien sigue á Elduayen y quien se adhiere al duque de Tetuán. Por una perversión semejante, aunque más extraña que todas las otras, así del sentido estético como del sentido común, no faltan hombres dispuestos á matar y aun si á mano viene á morir por darse el gustazo de que el egregio don Carlos de Borbón y Este mande en nosotros á su voluntad y albedrío.

Todos los antojos, aun los más extravagantes, suelen tener su explicación. La de éste es difícil hallarla. Si la guerra tan anunciada llega á ser un hecho, pocos habrá registrado la historia más extraños é injustificados. Ninguno de los motivos que dan la clave de este género de sucesos concurre aquí. Tras más de medio siglo de no interrumpida existencia del régimen constitucional, mal puede decirse que el absolutismo represente ya á la tradición y venga á reanudar la continuidad de la patria historia, interrumpida por un paréntesis revolucionario. De los respetos de la ley Sálica, de la pretendida legitimidad del borbonismo masculino como título para reinar sobre los españoles, ¿quién puede en nuestros tiempos hablar seriamente? El prestigio religioso no abona ya la causa del Pretendiente, desautorizada y aun condenada por el Papa, y abandonada, ostensiblemente al menos, por el episcopado. La personalidad de nuestro soberano *in partibus* no es la más adecuada para circundar la empresa con esa aureola refulgente conque han sabido deslumbrar á los pueblos los grandes genios de la política ó de la guerra. Pues en cuanto á considerar obra patriótica la de acabar de hundir á España, salida apenas como Dios le dé á entender de la angustiosa crisis actual, eso no puede caber ni en la cabeza de un demente. De todo lo cual se sigue que el gusto de ser carlista es uno de aquellos de los cuales dice el refrán que merecen palos. Confíemos en que recibirá lo que merece.

Sin representación tradicional, sin prestigios personales, sin la superstición de la legitimidad, sin el pretexto del patriotismo, ¿qué motivos pueden tener los parciales de ese hombre corrompido y desacreditado, que ni siquiera es español, para disponerse á derramar su sangre y amenazarnos con verter la nuestra por el singular empeño de sentar á tal aventurero en el trono de San Fernando, y á doña Berta, su consorte, en el de Isabel la Católica? Habrá cerebros anquilosados, petrificados, estáticos, para los cuales no pase el tiempo y que se figuren vivir todavía en el año 33. Habrá fanáticos empedernidos, furiosos, capaces de excomulgar al Padre Santo de Roma por liberalote y masón. Habrá románticos cretinos, caballeros andantes del legitimismo, dispuestos á acometer lanza en ristre contra los molinos de viento. Habrá intrigantes redomados, prontos á hacer su agosto en medio del confuso torbellino de la civil discordia. Habrá ambiciosos ineptos que vean en perspectiva un grado posible reconocido en un posible convenio. Habrá bandidos para los cuales la guerra significa la libertad del robo, del asesinato, de la violación, del incendio y demás hazañas tradicionales en los defensores de la legitimidad y de la fe. Todo eso no basta á constituir la urdimbre de una guerra civil.

Para que todos esos factores concertados lleguen á adquirir la consistencia necesaria, es preciso que actúen sobre una masa propicia. Esa masa es la pobla-

ción rural. Toda la fuerza del carlismo está en los campos. Allí hay seres inconscientes, desprovistos de toda educación, viviendo en plena Edad Media, esclavos de todas las preocupaciones, propicios á todas las violencias.

¡Qué presa tan fácil para la superstición y el fanatismo! ¡Qué tesoro para ser explotado por el genio de la intriga! Esos hombres que no saben leer, que tienen cerradas las puertas y ventanas del espíritu á la atmósfera de la civilización, están á merced del que les sugiera. Harán lo que les mande el cura. Todos los razonamientos que prueban lo estúpido y funesto del absolutismo exceden de su comprensión. Si don Carlos huye, si vende el Toisón ó juega con las húngaras, nunca tales hechos llegarán á sus oídos. Si el Papa desautoriza al carlismo, ellos no tendrán noticia de tal desautorización ni acaso siquiera del Papa. Masa inerte, materia bruta, allá irá donde la empujen los que están en situación de manejarla.

He aquí la dura, la inexorable sanción del gran pecado de mentira política que venimos cometiendo de todo tiempo en España. Espíritus superficiales, pagados de palabras, han creído consumada la revolución política el día en que han escrito unos cuantos párrafos en la Constitución ó en la *Gaceta*. No han querido ver que toda esa tramoya liberalesca era un edificio sin cimientos. Se ha hecho una libertad para el pueblo, pero no un pueblo para la libertad. Ni la aterradora estadística de la ignorancia, ni los indefectibles pucherazos rurales, han bastado á abrir sobre el particular los ojos de nuestros políticos. Lejos de ver en tales hechos signos temerosos de inminente riesgo, han fomentado esos males como instrumentos de su usurpación. Ciegos servidores de intereses dinásticos, han dado alas á la reacción. Por conveniencias de bandería han alentado al carlismo. El efecto de tal política será indefectiblemente la tercera guerra civil.

Impuesto por la ley de los tiempos y un poco por sorpresa, el liberalismo tenía que llenar en España una gran misión; nada menos que la redención de un pueblo, y no la redención retórica de la garrulería periodística ó parlamentaria, sino la real y efectiva que consiste en libertar á los espíritus de la ignorancia y de la miseria á los cuerpos. Había que haber construido escuelas y caminos, darle enseñanzas y abierto canales. Había que haber enseñado al pueblo la libertad é interesarle por ella. Había que haber persuadido á la gran masa rural de que el derecho es á la vez una noble cosa y un buen negocio. Se acapararon en vez de eso por unos pocos los bienes nacionales. Se ha gastado el dinero en pólvora. Se ha dejado de pagar á los maestros. ¿Qué representa hoy para el campesino el Estado moderno? No la cultura, ni la seguridad, ni el auxilio, sino la coacción, la violencia, la socialia. Es el cacique que le oprime, el juez que le procesa, el recaudador de contribuciones que le agobia, el reclutador militar que arranca á un hijo del hogar para llevarle á la muerte. Que alguien murmure á su oído que con don Carlos no habrá caciques, ni jueces, ni recaudadores, ni quintas, y hete á ese niño grande hecho, de la noche á la mañana, un carlista de tomo y lomo.

El liberalismo sin cultura es una ficción, y la realidad, tarde ó temprano, castiga inexorablemente las ficciones. Cuando la fiera humana se suelte por esos campos matando, robando, violando, talando y destruyendo, no será tan suya la culpa de tales estragos como de los hombres funestos que en más de sesenta años de régimen constitucional no han tenido tiempo para domesticar á la fiera. La próxima guerra civil será el desquite de la barbarie.

ALFREDO CALDERÓN.

HERMOSO EJEMPLO

Si los liberales se convencen de que deben unirse todos contra el carlismo, y lo realizan, las esperanzas de éste se desvanecerán.

Ejemplo elocuente lo ocurrido en Irún, donde la opinión liberal ha respondido dignamente á los procaces alardes de los subditos del rey de copas... llenas.

Ante su actitud insultante y provocativa, los liberales dirigieron una representación al Ayuntamiento en demanda de acuerdos que perpetuasen la fecha del 11 de Noviembre de 1874, en que se levantó el sitio puesto á aquella ciudad por los carlistas en la última guerra.

La corporación municipal resolvió de acuerdo con la petición, y el alcalde publicó la alocución siguiente:

IRUNES:

El Ayuntamiento de esta villa, disfrutando gustoso

á las excitaciones de la opinión liberal, ha acordado festejar el día 11 DE NOVIEMBRE, aniversario de una fecha de eterna memoria para los hijos de este noble solar.

Han transcurrido veintitres años desde el día glorioso en que las tropas liberales acaudilladas por el general Laserna, tras de brillante victoria obtenida sobre las fuerzas carlistas, penetraron en esta plaza, poniendo término á las penalidades sufridas por sus valerosos defensores.

El tiempo no ha podido borrar en nosotros el recuerdo de aquellas memorables jornadas en que, entre las escaseces y privaciones del asedio, bajo el fuego de las baterías enemigas que desmantelaban nuestros reductos, y al resplandor siniestro del incendio que devoraba nuestras viviendas, conquistó esta villa el título de HEROICA que hoy ostenta en su escudo.

Nada más justo que solemnizar esta fecha que tan altos ejemplos pone ante nuestros ojos. Los pueblos que tributan ferviente culto á sus legítimas glorias se enaltecen y dignifican. Tenemos una fiesta del patriotismo, la de San Marcial; tengamos una fiesta de la Libertad, la del 11 de Noviembre. Si la primera nos enseña cómo se pelea contra el invasor extranjero, la segunda nos muestra cómo se combate y vence por la santa causa de la libertad contra el feroz absolutismo, que para vergüenza de nuestros tiempos aún se presenta amenazador.

Iruneses: Solemnizad tan gloriosa fecha asociando á la fiesta acordada por la Corporación municipal. Os invita á ello vuestro alcalde,

Juan Arana.

Irún 11 de Noviembre de 1897.

Los Iruneses han inaugurado este año la *Fiesta de la Libertad*, que resultó solemnísima y conmovedora, y que habrá enseñado á los partidarios de ese imbecil ensangrentado, que no son más que una excrecencia que el pueblo español está decidido á estirpar á toda costa. Los carlistas de Irún, corridos y avergonzados, se fueron á pasar el día en el monte, adonde los llamaban el instinto y el miedo; que en esto vinieron á parar las estúpidas bravatas del día de Carlos Burromeo.

La nota saliente de la grandiosa fiesta de Irún, á que puso remate un banquete en el que estuvieron representadas las autoridades y las clases todas del vecindario, fué la de concordia y unión de todos los liberales frente al absolutismo, idea que al iniciarse fué acogida con delirantes muestras de entusiasmo.

Reciban nuestro aplauso, y sea esa fiesta el primer paso de la gran obra que es preciso realizar sin demora: el aniquilamiento del carlismo, su exterminio completo, mejor dicho.

Ya saben los liberales de toda España lo que tienen que hacer; y en cuanto los carlistas los vean dispuestos á combatirlos sin tregua ni consideraciones, de todas maneras, á todas las horas y en todos los terrenos, harán lo que han hecho en Irún, lo que han hecho siempre que han visto la cosa seria: desaparecer de la escena.

¡EXTERMINIO!

No se canse usted, P. Martín, generalísimo de los directores y auxiliares de los Santa Cruz, los Carlos, los Jergones, los Alfonsos, los Rosa Samaniego, las Blancas, los Savalls, los Jaimés y demás *gatería* carcunda que ha hecho correr torrentes de sangre durante 14 años en España; no se canse usted. Ni las idas y venidas de sus subditos, ni el ladrar y más ladrar de las jaurías reaccionarias, ni los conventos fortificaciones, ni los fusiles desembarcados en varios puntos, servirán para acabar con la libertad.

No; ni con partidas ni sin ellas; ni con numerosos agentes de hábito corto en Vizcaya, Navarra y Cataluña; ni con generales que coinciden en las misas con los carlistas; ni con el caos ni con la luz del sol; ni casándose el Jaime *latoso* y antipático con una princesa rusa... nada, P. Martín, nada; el carlismo no triunfará; así se gasten ustedes el dinero de Monte Carlo y así el chino Velasco mande millones de Filipinas en competencia con las órdenes religiosas. Créame usted, *Papa Negro*;

á estas alturas, casi en los albores del siglo XX, es una verdadera *papa* eso de pretender que el *peje chapesco* sea rey de España.

Grandes trabajos hacen ustedes los reaccionarios en el ejército, pero están verdes. El ejército no quiere ver sus escalas deshonradas por 500 ó 600 bandidos de la guerra pasada y otros centenares de los *ya nombrados* para la futura, entre los cuales hay hasta mozos de café, y en clase de brigadier un *tío Carando* que acompañó á don Carlos cuando bajó de Elgueta en busca de la buena moza hermana de Lorenzo, la cual le pegó una paliza monstruosa con el palo de una escoba, única batalla á que asistió el *Chapa* y de la que salió con las costillas calientes por mano de una mujer honrada.

No, P. Martín; nuestros bravos y pundonorosos militares, aparte que no son carlistas, se indignan sólo ante la idea de que alguien los suponga capaces de soportar como jefe á un *tío* así, y tener por camaradas á los facinerosos que lo siguen y que sueñan con una revista solemne á las tropas de la nación, pasada en Madrid por el héroe de Oroquieta acompañado de la cursi doña Berta, de la cruel doña Blanca y del *memo* de don Alfonso, escoltados lucidamente por los cabecillas que más se distinguieron en saqueos, asesinatos y violaciones.

El dinero que da la reacción, P. Martín, á los carlistas, lo tira á la calle. Deje de dárselo, y aconséjeles usted que no se muevan en ninguna de las 88 *zonas de las cuatro circunscripciones* (¿ve usted si estoy bien enterado?); porque si se mueven los vamos á reventar, incluso á sus auxiliares; y esta vez de veras. Y al reventarlos van ustedes á perder cuantas acciones les entreguen de la Trasatlántica, del Credit Lyonnais, de Monte Carlo, ó los millones agenciados en Filipinas, los sacados en el arrendamiento de consumos, etc.

No olvide usted tampoco, P. Martín, que cuanto ustedes fraguan lo sabe el gobierno (¿podía no saberlo, cuando llega hasta mí!); que los vascongados no olvidan las burlas (repetidas aun á diario), que el mamarracho del Carlos hacía de los fueros, y lo canalla que fué al no exigirselos al gobierno cuando cobarde y villanamente huyó á Francia, entregando, vendidos por sus jefes, á doce ó catorce mil hombres que se habían batido por su causa y á quienes desamparó en la emigración, burlándose de ellos encima. En aquellos momentos, y para acabar la guerra, el gobierno se hubiera comprometido á respetar los fueros, condición que no puso el *Chapa*, á pesar de que en la frontera se lo suplicaron muchos jefes carlistas, como se había negado antes, lanzando frases duras y aun indecentes contra los fueros, en otra reunión celebrada en Vergara.

También sabe todo el mundo, P. Martín, que el jesuitismo, que usted dirige como general, ha acordado ha tiempo, y lo cumple religiosamente, sembrar el pesimismo en confesonarios, púlpitos, casas particulares, en todas partes, y decir con aire misterioso que se esperan acontecimientos que infaliblemente traerán á Madrid á don Carlos. Como nadie ignora la lucha que hay entre algunos carlistas *dinerosos* que quieren aplazar el movimiento por temor á que les quiten lo que tienen, y los bandoleros que sienten la nostalgia de huir por las montañas cuanto ven tropas, y bajar á los pueblos para robar cuando tienen la seguridad de que están lejos, hacer su pacotilla, satisfacer sus criminales instintos y dure lo que dure. Como también se sabe que muchos beatos de los que lo son por brutos, andan escamados con eso de no hacer los curas caso del Papa; y con lo de que doña Berta descienda en línea recta del jefe de los calvinistas (por esto se han apartado de don Carlos muchos legitimistas franceses); y con que no sea de familia real; y por último, con lo de que el *Chapa* ande pidiendo apoyo á Inglate-

rra (bajo cuya bandera están los conventos en España creyendo que así podrán librar los frailes la inmundicia si viene otra justicia degollina mayor que la del 34), y á Rusia y á otros países no católicos.

Quiero también decirle á usted, P. Martín, que aún cuando la maniobra fué hábil, nadie se traga ya lo de la división de los reaccionarios en *carlistas, íntegros y mestizos*, pues estamos perfectamente enterados de que son ustedes *unos*, sólo que se han distribuido los papeles, y mientras los *carlistas* llaman á las armas, los *íntegros* mantienen el odio á la libertad á pretexto de preparar el *reinado de Jesús... Chapa*, y los *mestizos* aceptan destinos, intervienen en el gobierno, defienden al clero carlista y hasta obtienen auxilios de la persona á quien intentan destronar.

¿Se va usted enterando, *Papa Negro*, de que estamos en el secreto de sus planes y de los recursos con que cuentan? Pues entérese usted también de esto que voy á decirle: con todos esos elementos les vamos á dar á ustedes una pateadura fenomenal; pues nunca, como ahora, van á ver á la nación levantarse desde el primer instante en masa contra ustedes, con el ejército á la cabeza. Y no quedará títere con idéntico, ni convento en pie, ni fraile que no corra... si puede, ni alfiler de carlista sin embargo, ni auxiliar del carlismo sin cárcel, por lo menos.

Tenemos muchas fuerzas que oponer á las de ustedes: la del tiempo, la del progreso, la de la civilización, la de la dignidad, amén de la de los fusiles y cañones; fuerzas que se centuplican por el horror, la vergüenza, el asco que nos causa pensar en que pudiera, ni por un instante, volver á España el absolutismo; no el que esclaviza sin deshonrar, como el de Carlos III, aquel que arrojó á los jesuitas de España, sino el que representa el *bandolerismo con capucha* de los Carlos II, Carlos IV y Fernando VII.

Y tenemos sobre todo el propósito firmísimo de llevar á la práctica, con todas sus naturales y legítimas consecuencias, la idea que se encierra en este párrafo de un discurso pronunciado en las Cortes en Enero de 1838 por el general San Miguel:

«Si la guerra fuese sólo de sucesión, sería posible un arreglo; pero es de principios, y siendo estos incompatibles, no hay transacciones. Es preciso guerra á muerte... que un partido venza al otro, de suerte que el vencido quede exterminado para siempre.»

Por no haberlo hecho así el 39, vino el chispazo del 48, y la reproducción de la guerra el 72; y por andar con contemplaciones el 76 y no cortar el mal de raíz, está encima otra vez. Hagamos ahora lo que antes no hicimos, arrancando el árbol de cuajo, quemando sus raíces y esparciendo sus cenizas.

Y para ello prediquemos honradamente, y por idea de humanidad, el exterminio del carlismo y de sus cómplices y auxiliares.

LAS COMUNIDADES Y EL SERVICIO MILITAR

Real orden que en beneficio de los *Salesianos*, y en perjuicio de los que no poseen 6.000 reales, ha publicado la *Gaceta*.

«Examinado el expediente incoado á consecuencia de las instancias promovidas en 19 de Septiembre de 1891 y en 22 de Noviembre de 1893, por don *Felipe María Rinaldi*, solicitando la exclusión del servicio militar para los profesos y novicios de la *Orden de San Francisco de Sales*, establecida en Barcelona y Sarriá, resulta: Que por real orden de 25 de Octubre de 1894, expedida por el ministro de Gracia y Justicia, se autorizó el establecimiento de dicha orden, en vista de los beneficios que reporta, según certifican los alcaldes de las citadas poblaciones (Barcelona y Sarriá); Sn Majestad ha tenido á bien acceder á lo solicitado por *Felipe María Rinaldi*, Superior de la repetida orden.

Lo que de real orden participa á V. S. para su conocimiento y efectos.

Madrid 1.º de Septiembre de 1897.—*Cos Gayón*.

Y como los asuntos religiosos no pueden existir sin el misterio, la citada real orden tiene también su poquito de misteriosa y viene á confirmar la frase que se atribuye á Cánovas.—*Las comunidades me tienen hasta los pelos*.

Y digo esto, porque la exclusión de los *señores salesianos*, fué dispuesta por real orden de 25 de Junio de 1894, y no se ha circulado hasta después de la muerte de Cánovas, exactamente lo mismo que ha ocurrido con la publicación del reglamento para *entregar la administración* de los hospitales militares á las *Hijas de la caridad*; reglamento que, como ya hemos dicho al tratar de este asunto, estaba firmado por el general Azcárraga desde 1895, y no se publicó hasta los días de la *interinidad*, y sin consultar, (como es de rigor), con los centros informantes.

Con la orden de San Francisco de Sales son 21 las privilegiadas, á costa, por supuesto, del prógimo; encontrándose entre ellas, las de *Jesuitas* y la de *Religiosos de la Compañía de Jesús*.

Las comunidades privilegiadas no constan en la ley, tanto por ser ilegal su estancia en los dominios españoles, (excepto Neris y Paula que están concordadas), cuanto por si sobreviniera discusión; aunque ésta no era de esperar, gracias al retraimiento de los republicanos y socialistas, sobre los cuales recaen las cuatro quintas partes de la carga sin que procuren disminuirla en el terreno legal.

Pero si no se relacionaron las Comunidades en la ley, ya por las razones dichas, ya por temor al mismo Cánovas, se metieron de matute en el reglamento, redactado en el ministerio de la Guerra y aprobado por el general Azcárraga.

Y aquellos celosos auxiliares de los soldados de Cristo, (carlistas cuando llegue el caso), aquellos reformadores de la ley, sustituyen el sorteo de zona por el de Ayuntamientos, y se olvidan del cómo se ha de cubrir el servicio en Ultramar. Y esta omisión pasa desapercibida, (sin duda por insignificante), no solamente á las Cortes, sino á los redactores del reglamento, y á los mismos comentaristas, que tantos libros han publicado, nada baratos por cierto, para aclarar una ley que ellos enturbiaron.

MERCURIO.

LA MADRE DEL CORDERO

El carlismo es la mala hierba que nunca muere; el fenix que renace de sus cenizas; la hidra de siete cabezas inaccesible á la muerte; la caja de Pandora periódicamente abierta para los españoles.

Este es un fenómeno que muchos no aciertan á explicarse, y que tiene, sin embargo, una explicación muy sencilla.

Trasladémonos con la imaginación á ciento, doscientos ó mil años atrás. ¿Qué veremos?

Un rey que no tiene voluntad propia, sino que vive sometido á las más leves indicaciones del clero; una sociedad que no se mueve de un extremo á otro de la península más que al empuje del mismo poder, como las olas del Océano al soplo de los vientos; un edificio que de la cúspide á la base lleva escrita la palabra teocracia.

Podemos contemplar el cuadro desde otro punto de vista más interesante y divertido.

La propiedad territorial de la nación pertenece casi por entero al mismo dueño. En concepto de párrocos, canónigos, beneficiados, obispos, frailes, curas, y otras denominaciones, poseía la respetable clase la mayor parte de los predios y fincas, así rústicas como urbanas, lo cual la permitía vivir con un desahogo y comodidad que entonces no conocían las demás clases como no fuese la aristocrática, que compartía con el clero los frutos de la naturaleza y del trabajo popular.

Quedaba además en favor suyo la consideración social, que vale tanto como la riqueza, y el poder que les sigue ordinariamente. El clero

era inmune é invulnerable. No pagaba contribuciones, aunque las recibía muy pingues en forma de diezmos y primicias, y alcabalas, y derechos de altar, y donaciones semi voluntarias y otras maneras inagotables, todas igualmente ingeniosas; pero todavía era más digna de estima la inviolabilidad de que le rodeaba la consideración social. Los robos y malos tratamientos de que eran con frecuencia víctimas los demás ciudadanos, no llegaban jamás al eclesiástico, que estaba defendido por la doble muralla de la religión y de la ley.

Júzguese ahora, si después de pérdidas gran parte, si no todas aquellas ventajas, es natural que los interesados las echen de menos y vuelvan con nostalgia la vista á las edades pasadas, verdadero paraíso de donde les ha arrojado el angel exterminador de la revolución. Júzguese si es posible que haya alguien tan desinteresado que se resigne á esos crueles cambios de tiempos, y no intente un supremo esfuerzo para volver á recobrar tantas grandezas, tantos tesoros, tanta felicidad. Pues bien; esto es, ni más ni menos, lo que significa la guerra carlista.

Lo que no se comprende tan fácilmente, es que haya quien se preste á sacar las castañas del fuego para que otro se las coma, que es precisamente lo que les sucede á los inocentes héroes de nuestras insurrecciones carlistas. Ninguno de ellos, como no sean contados cabecillas, lograría ventaja alguna con la victoria de sus armas; al contrario, las gangas y beneficios serían exclusivamente para la benemérita clase que pugna por reivindicar sus pérdidas comodidades. Ellos volverían á la condición de *parias* de donde los ha sacado la libertad moderna, volverían á ser el miserable pedestal sobre el cual se levantase otra vez la estatua que ha venido pisando y pesando sobre sus padres durante siglos.

Misterios del corazón humano, ó más bien de la humana irreflexión. Que los desposeídos formen un ejército de ochenta á cien mil hombres, que vendrá á ser su número en España, para luchar con la sociedad moderna, y juegue el todo por el todo en descomunal pelea, se comprende; pero que se haga matar para volver al primitivo estado el que no ha de comerlo ni beberlo, esto sí que es un fenómeno en la historia y cuyo nombre se llama simplemente *tontería*.

Racionalmente hablando, no deben levantarse en armas sino aquellos que trabajan *pro domo sua*, obispos, curas y frailes.

DON CARLOS Y LOS FUEROS

Revelaciones de un general carlista á quien el *Chapa* hizo en la emigración blanco de su confianza:

«¿Y cómo ha tratado también á esos pobres vascos y navarros! ¡con qué desprecio, más aún, con qué desagradecimiento ha pagado el sacrificio de sus bienes y vidas! Los odia tanto como á los curas, y se la tiene jurada, como á éstos. No podrían escribirse las frases de que se vale para calificar á los hombres y á las mujeres de aquellas provincias. Si no les llamase mas que fanáticos y supersticiosos, pase, por que al fin esto no deshonra á nadie; pero sus sarcasmos los envilecen. Pinta á aquellos pueblos como una sentina de vicios, como un gran lupanar, distribuido en familias; y no respeta á la doncella ni á la casada, á la anciana ni á la religiosa, al joven ni al viejo. No puede oír hablar de sus fueros y privilegios, y ya decía antes de acabarse la guerra, que cuando fuese rey, no sólo se los quitaría, sino que esclavizaría á las provincias del Norte mas que á las otras, á fin de que espiesen la ventaja de haberlos poseído más siglos que éstas los suyos.

Cuando entró en Francia, al despedir á los vascos y navarros que le acompañaban, exclamó con rabia concentrada: «Idos á casa; idos. Afortunadamente en Madrid hay quien hará con vosotros lo que no he podido hacer, quitándoos esos fueros que os tienen tan orgullosos. Me alegro, añadió, de que al menos recibáis lo que merecéis.» Aquellos vasco-navarros contaron en seguida á sus paisanos lo que les había pasado, y se formó un sentimiento tan fuerte contra don Carlos, que muchos de los que más lo habían defendido, lo maldecían después.

Cuando las Cortes abolieron ó modificaron los fueros de las provincias, aproveché la oportunidad de corregir este mal, proponiéndole que diera un manifiesto consolando á los vascos, y prometiéndoles el restablecimiento de las libertades. Pero don Carlos se puso furioso. «¿Yo consolarlos? exclamaba. Jamás. ¿Yo devolverles los fueros? Antes me cortaría la mano. ¡Si me alegro con todo mi corazón de que hayan hecho eso á aquellos bárbaros! ¡Si uno de los días más felices de mi vida ha sido aquél en que leí el telegrama de que las Cortes habían votado la abolición! ¡Que rabien! añadía: ¡que lloren! Les está bien. Aun no tienen lo merecido. ¡Canallas! ¡estúpidos! Ellos y los curas han echado á rodar mi causa; los curas con sus exigencias religiosas, y los vascos con los obstáculos que me oponían por medio de sus malditos y odiosos fueros.»

Era tal la cólera y el furor con que me hablaba, que pocas veces le he visto más bilioso; parecía un tigre cebándose en su presa. Con todo, le hice observar que cualesquiera que fuesen sus sentimientos, tuviese presente que en sus manifiestos había prometido siempre extender los fueros vascos á otras provincias, y que ahora le tocaba de buena ó de mala gana salir á la defensa de las que quedaban privadas de ellos. «¡Como! exclamó él. ¿Y tú imaginas que yo daría al resto de España lo que quería quitar á los vascos?... Yo en el trono quiero ser absoluto. España es mi propiedad, y cuando la gobierne, haré de ella lo que me dé la gana. Los españoles son mis vasallos, y como tales, me lo deben todo, desde la hacienda hasta la vida.»

Sobre esto tuvimos un fuerte altercado, porque yo no pasaba por tales ideas, y le puse en la alternativa de hacer el manifiesto, ó de quedar privado de mí. «Las ideas de V. M., exclamé, no sólo son impolíticas, sino hasta absurdas, y no deben prevalecer ni prevalecerán mientras yo dirija esto.» Entonces cedió, y de mala gana firmó el manifiesto á los vascos, que yo mismo escribí. Así, pues, lo que ahora he explicado de los fueros demuestran que ese hombre carece positivamente, no sólo de talento político, sino hasta del menor sentido común en materia de gobierno.»

Los navarros y vascongados que no sepan la idea que de ellos y sus fueros tiene el mamarracho de don Carlos, que vean lo que hacen antes de comprometerse á perder la vida por él.

OTRO DATO

Los hermanos Maristas de Sabadell dedican todos los jueves á los niños de cuya educación han tenido el mal gusto de encargarles los padres, á un ejercicio sumamente piadoso.

Con pretexto de pasearlos, los llevan á un bosque inmediato, y allí los dividen en dos bandos, que llaman *lladres* (ladrones) y *Carlins* (carlistas) y se simulan combates que suelen concluir cantando todos un himno, cuyo estribillo dice así:

«Y la nostra colla
son, petis y grans
per tocar la esquena
dels republicans.»

lo cual en castellano mondo y lirondo, quiere decir:

«Y en nuestra cuadrilla estamos pequeños y grandes para zurrar las costillas á los republicanos.»

Esto es lamentable, ¿verdad? Pues hay algo más lamentable, y es que, según nos dicen, las nueve décimas partes de los discípulos de los buenos maristas, son hijos de los que se llaman republicanos.

Para los cuales, nosotros no abrigamos más que este buen deseo: que sus hijos aprendan bien las enseñanzas que reciben de los Maristas y las practiquen con ellos á tenor de esa mala copla que hemos copiado.

PROPAGANDA CARCUNDA

Los vecinos de Navalmoral de la Mata gozan actualmente de la presencia de unos padres misioneros, que alborotan continuamente las calles con las procesiones de todos los chiquillos de las escuelas que han organizado, y en las cuales van las pobres criaturas en correcta formación, cada cual con su banderita y desgañitándose cantando y dando vivas á los susodichos padres, que han acudido á este llamativo

procedimiento, visto el escaso fruto de sus predicaciones en la iglesia.

Pero como parece que con ese procedimiento tampoco consiguen gran cosa, pues aquel es un pueblo liberal y por consiguiente laborioso, que se ocupa de trabajar, los misioneros van diciendo á voces en la procesión que los que acuden instigados por la curiosidad á presenciar el espectáculo en las calles, están irremisiblemente condenados al infierno.

Pero ni por esas; los vecinos de Navalmoral, que saben dónde les aprieta el zapato y lo que suele ocultarse en el fondo de esas manifestaciones, siguen en sus trece y no hay misionero que les apee.

Solamente uno de aquellos vecinos, buen liberal, al darnos cuenta de lo que sucede, nos pregunta qué medio tendrá para salvarse, porque no cree que el acudir á esas procesiones sea muy eficaz para el objeto.

Muy sencillo; en otro sitio puede ver lo que han hecho los liberales de Irún. No hay más que imitar su ejemplo, y es probado.

Y si no lo hacen, entonces sí que él y los demás liberales están perdidos.

Port scriptum:

Ya para entrar este número en prensa, recibimos otra carta de Navalmoral ampliando las noticias anteriores con otras que revelan hasta qué extremo verdaderamente censurable se lleva la tolerancia á ciertos elementos.

Es vergonzoso que bajo gobiernos liberales haya pueblos como el de Navalmoral entregados al caciquismo jesuítico. ¿No han de envalentonarse los carlistas al ver la cobarde debilidad de los gobiernos liberales? ¿No han de atreverse á todo cuando en muchísimas poblaciones de España gimen todavía bajo un régimen de hecho semejante, si no peor, al de los tiempos más ominosos de Fernando VII?

Nos consta que en la campaña jesuítica de Navalmoral son muchos los vecinos que, contra su voluntad y violentando sus ideas, sus inclinaciones y su carácter, contribuyen á las manifestaciones organizadas por los misioneros, cohibidos por la consideración de las tristes consecuencias que pudiera tener una negativa ante la omnimoda influencia del marqués de Comillas, que á ciencia y paciencia de quien puede y debiera evitarlo, ejerce en aquella población el mero y mixto imperio por delegación, como el señor feudal más despótico.

Como nada esperamos del gobierno, nada le pedimos. Nuestra esperanza está en que al fin y al cabo los liberales se desengañen de una vez, porque, como hemos dicho muchas, de ellos depende que la reacción no vuelva á enseñorearse de España.

Por eso terminamos recordándoles, como más arriba, el ejemplo que acaban de dar los liberales de Irún á los de toda España.

CANTARES JEREZANOS

Cuando paseo por Jerez,
y veo tanto fraile, digo:
«á la rueda del Progreso
la hemos vuelto atrás un siglo.»

El fraile aprieta que aprieta,
y el rico apretando más,
y los pobres estrujados:
¡esto, al fin, reventará!

Ya no les queda á los pobres
ni la limosna del rico,
pues se la llevan los frailes
entre las uñas y el pico.

(El Pueblo, de Cádiz).

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Un amigo mío, á quien nadie le saca de la cabeza que la muerte de Cánovas fué decretada y fraguada en los antros clericales en beneficio del carlismo, me escribe diciendo que no duda que persistiré en mi campaña, á fin de que liberales, republicanos y socialistas nos unamos para acabar con el jesuitismo y el anarquismo, ramas del mismo árbol, y que trabajan á la vez por el triunfo de la reacción representada por el *Chapa*.

No necesito excitaciones para proseguir la obra emprendida. Sin embargo, agradezco mucho á ese amigo que no dude de que la terminaré, por grandes que sean los obstáculos que á ello se opongan.

¿Qué libro creen mis lectores que dan, como recreo artístico y literario, á los alumnos de la Universidad de Deusto, Bilbao?

El titulado *Por un piojo*, del jesuita P. Coloma, y que es lo mejor que ha salido de su cabeza.

Así, cuando van á examinarse á Salamanca los calabacean de lo lindo, por resultar todos unos *piojosos* en ciencia y saber.

La Compañía de Jesús ha publicado una estadística del personal de su orden.

Según ella, el personal de la Compañía de Jesús compónese de 14251 religiosos á saber: 6460 sacerdotes, 4416 estudiantes, es decir, religiosos que habiendo hecho los primeros votos no han sido aún admitidos al sacerdocio, y 4375 hermanos coadjutores ó conversos.

Los jesuitas dividen la Europa en cinco grandes asistencias á saber: Francia, Germania, Italia, España é Inglaterra, y cada una de éstas subdivididas en provincias.

De lo que no han publicado estadística, es de los millones que han sacado á los ignorantes, los fanáticos, y más aún que á estos á los inmorales, mientras el pueblo perece de hambre.

Son tan prudentes como rapaces.

En una de las iglesias más frecuentadas de Madrid hay un buzón donde los fieles depositan cartas para San Antonio, pidiéndole lo que necesitan, ofreciéndole á cambio del servicio una cantidad determinada.

El párroco de esa iglesia enumera desde el púlpito los favores recibidos por los peticionarios, y entre estos ¡qué vergüenza! se han contado últimamente más de doscientos individuos de los que tomaron parte en las últimas oposiciones á plazas de Registradores de la propiedad, gente de carrera y á la que debe suponerse ilustración, por más que ellos se declaran burros de solemnidad en el hecho de pedirle al santo lo que no se consideran capaces de alcanzar por el esfuerzo y los méritos propios.

Y puestos ya á hablar de méritos ¿no los hay para averiguar sería y oficialmente el destino de esos rendimientos de la ignorancia y el fanatismo?

Porque no tendría nada de extraño que se destinasen á comprar fusiles para los carlistas, entre los cuales podrían bien formar esos aspirantes á registradores.

En un tren de Valencia entretenían las horas de viaje unos pasajeros, discutiendo sobre la habitabilidad de la luna.

Uno de los interlocutores se dirigió en tono de zumba á un pobre labriego que iba en el mismo coche, pidiéndole su opinión acerca de si habría ó no habitantes en la luna.

—No debe haberlos—replicó el interpelado, porque en ese caso ya habrían ido los jesuitas á levantar allí alguna capilla.»

Vox populi, vox dei.

Esta vez la voz del pueblo, representado por aquel inteligente paleta, no ha sido solamente voz de Dios, sino de verdad y de gracia.

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

Se han puesto á la venta los folletos 22, 23, 24, 25, 26 y 27.

CONVERSACIÓN INTERESANTE

ENTRE UN CURA Y UN BRIGADIER CARLISTA

Opinión de un cura sobre los frailes. La quema de conventos.

Aun cuando concorra al mismo fin, este folleto no forma parte de los que dedicamos á narrar los crímenes del carlismo. Por esto lo anunciamos suelto.

Es de gran interés y oportunidad en estos momentos, pues si todos los curas lo leyesen y se penetraran bien de su espíritu y tendencia, ajustando á ellos su conducta, muchas lágrimas y mucha sangre podrían ahorrar á España.

Precio 15 céntimos.

Las mismas condiciones que los demás para corresponsales y suscritores.

CIENCIA Y RELIGIÓN

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de EL MOTIN

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.